

A LA SRITA. JOSEFINA ESPERÓN.

Con triple corona ceñiste tus sienas:  
talento, hermosura, bondad; y retienes  
el cetro en tus manos de terso marfil.  
Sus pétalos abren ¡oh Cipria! á tu paso,  
el lirio en el surco, la azalia en su vaso,  
siguiendo tus huellas el *Príncipe Abril*.

¿Qué rayos secretos de luz ignorada  
osculan en iris tu honda mirada?  
Las rizas pestañas —doble arco triunfal—

revelan tus ojos tan dulces, tan claros,  
abiertos á mundos, á cielos ignaros,  
de un nuevo, lejano, profundo ideal.

No hay savia en los nardos, no hay jugo en las rosas,  
ni varios matices en las mariposas,  
que igualen el raro matiz de tu piel;  
y son en tus labios las breves sonrisas  
abejas que vuelan y mueren sumisas,  
en número enjambre, como ebrias de miel.

Que vengan de Oriente los tardos camellos  
y altivos sultanes montados en ellos  
con mirra, con sedas, con oros; y así  
en larga, infinita, real caravana  
te rindan tributo, feudal castellana,  
tendiendo á tus plantas astral ormesí.

¿Qué son á tus ojos las regias ofrendas?  
Levanten los pueblos enteros sus tiendas  
y griten: *al arma!* . . . Reviva Jasón,  
que tiemple la vela, que emprenda el camino;

no guardan dragones aquí el vellocino,  
y exánime rueda no habiendo dragón.

Han ido poetas, orfebres de versos,  
llevando en sus liras los cantos dispersos  
en mundos y cielos; de encina y laurel  
ornadas las frentes, y puestos de hinojos,  
con sólo un pequeño fulgor de tus ojos,  
ha muerto la endecha y ha muerto el rondel.

Diamantes y perlas, rubís y esmeraldas,  
turquesas, zafiros, traídos á espaldas  
de príncipes negros ó blanca color;  
que vengan al templo, cruzando los mares,  
dejando olvidados los otros altares,  
las puertas les cierra riendo el Amor.



¡.....!

No morirá tu rápida sonrisa  
sin que yo la recoja entre mis labios;  
es, bañada de olor, soplo de brisa  
que el cardo conmovió de mis agravios.

Diosa impasible, en vano con mis ruegos  
ay! puse un ormesí bajo tu planta;  
tus ojos, todos luz, estaban ciegos  
y muda á mi reclamo tu garganta.

No era tu desdén, tu indiferencia,  
lo que en mitad del corazón me hería;  
mi presencia á tus ojos era ausencia,  
y mis versos sin luz ni poesía.

¿Cómo te emocioné? . . . Con una estrofa  
que nunca oíste en tu triunfante marcha;  
y era de crueldad, era una mofa  
envuelta en los cristales de la escarcha.

La herida fué de amor. . . . ó de despecho;  
pero á mí te volviste sonriente,  
apretando las manos contra el pecho,  
cubierta al punto de rubor la frente.

Oh secretos sin fondo del cariño!  
Oh misterios eternos y sin nombre!  
Casi, momentos antes, era un niño;  
en el instante aquel, era ya un hombre.



## ¡A TI!

Lloras en tu dolor y yo me río;  
y no quieres unir, como yo anhelo,  
bajo el mismo crespón, el mismo duelo. . . .  
que es el tuyo de amor, de amor el mío.

Me consideras vanidoso y frío.  
Tú alzas en tu dolor la vista al cielo;  
mientras la bajo yo mirando el suelo. . . .  
y así vamos los dos por el vacío.

Y no obstante, debieras, en la obscura  
soledad en que estamos, con mi risa  
confundir cariñosa tu amargura  
en un impulso generoso y santo:  
que hay más desesperanza en mi sonrisa  
que en el raudal inmenso de tu llanto.

## SOLO!.....

A LUIS D. MOLINA.

En la sombra  
cuando empiezan á encenderse las estrellas,  
yo no sé (en el misterio) quién me llama, quién me nombra;  
oigo pasos tras mi huellas;  
y á la luz —polvo de plata—  
de la suelta cabellera de la luna, ¡ay! me miran  
unos ojos muy profundos y muy negros, y dilata  
su tristeza mi suspiro en los céfiros que giran.  
La campana, lejos, lejos,  
á los últimos reflejos  
de la tarde,  
lanza y llora su sonata de plegaria;  
Vésper surge, treme y arde  
solitaria.

Alguien habla á mis oídos á las veces,  
y á la pálida vislumbre  
cabecean melancólicos los sonámbulos cipreses.  
En el cielo cuánta lumbre!  
En mi alma  
sombra, sombra, sombra y sombra.  
En el seno de la noche, cuánta calma!  
¿Quién me llama? ¿Quién me nombra? . . .  
¡Su recuerdo! que persiste,  
que me agobia de tristeza;  
y ella pasa también triste  
y se prende, como nimbo de piedad, á mi cabeza.

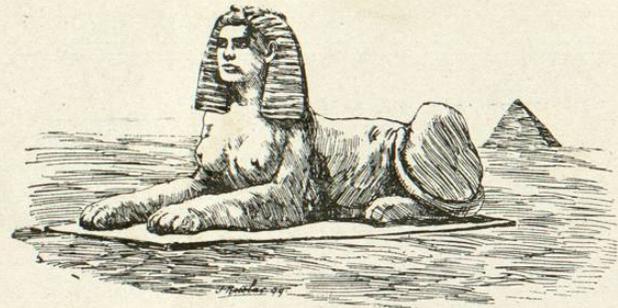


## NINÓN

Cuando la noche tiende callada  
sobre la tierra negro crespón,  
dice en las sombras, enamorada,  
una voz dulce: ¡Ninón! ¡Ninón!

Y cuando vuelve la aurora llena  
de arpegios de ave, mi corazón  
repite en eco que al aire atruena,  
llorando triste: ¡Ninón! ¡Ninón!

La noche, el día, la tierra, el cielo,  
el mar, el viento, con tierno són,  
cantan y dicen en hondo anhelo  
con tu voz de ángel: ¡Ninón! ¡Ninón!



A LA MEMORIA DEL DR.

## RAFAEL LAVISTA

Amor y probidad, ciencia y talento,  
barridos por un soplo inesperado,  
perdiéronse en los términos del viento.

No nos quedó más que el suspiro alado,  
que resuena en las ondas del ambiente,  
para el noble maestro tan amado.

El dolor recorrió de gente en gente  
todas las gamas fúnebres del duelo,  
sin encontrar un alma indiferente.

Cuando el augusto arcángel en su vuelo  
cruzó, con ese espíritu preclaro  
entre los brazos, por el ancho cielo,

al pecho le estrechaba, como avaro  
que así cuida y defiende su tesoro,  
y el fulgor estelar se hizo más claro.

Hirió el espacio con su voz de oro  
la musa de la pálida elegía  
y fué de astros su doliente lloro.

¿No escucháis cómo vibra todavía  
el eco doloroso en torno nuestro  
y el llanto los espíritus rocía?

Puedes dormir en paz, sabio maestro;  
la muerte te venció. Mas, ¿cuántas veces  
fuiste tú el vencedor en el siniestro

bregar con ella? . . . Todo lo mereces:  
por tu ciencia, laureles y ovaciones;  
por tu fe singular, cristianas preces.

Tu memoria en los buenos corazones  
es un rayo de luz brillante y pura,  
ejemplo de benéficas acciones.

Nunca en la Ciencia morirá la albura  
de tus esfuerzos en la vieja Escuela  
para romper la mística atadura.

Al desplegar al huracán la vela,  
sobre la onda al comenzar la lucha,  
casi solo te vió tu carabela.

Tu fe era grande, tu esperanza mucha;  
y al fin fuiste entre todos los doctores  
—cuyo aplauso quizás tu alma escucha,—

el bálsamo feliz de los dolores,  
cuando en las lindes negras de la muerte  
deshojabas audaz tus rojas flores.

Eras un alma apasionada y fuerte;  
no te arredró la insuficiencia vana,  
ni la obstrucción, pesada por inerte;

tu sangrienta misión era una humana  
misión en las llagadas multitudes,  
y esa será tu gloria de mañana.

Aunque en la senda pavorosa dudes  
de la ciencia un instante —recogido  
en tí mismo,— de pronto las virtudes

que conforman tu espíritu, encendido  
en misterioso fuego, se despiertan  
como á la aurora se despierta el nido.

Haces de nuevo que su linfa viertan  
las aguas de la Ciencia, como en fuente  
que expertas manos del peñón libertan;

y abandonan la límpida corriente  
en libre curso á fecundar el suelo  
donde reposa la real simiente.

Bendita la ansiedad, bendito el celo  
con que la Ciencia del temor desligas  
en tu constante y perdurable anhelo;

al cabo el premio alcanzan tus fatigas  
y la tierra fructífera se cubre  
con el rubio plumón de las espigas. . . .

¡Oh dorado cristal del mes de Octubre!  
en que se acuesta el Sol en lecho rojo  
y está más llena la rotunda ubre;

en que empieza en las sendas el abrojo  
y comienza á huir la golondrina  
espantada al crugido del rastrojo;

en que la escarcha al monte se avecina  
y pasan los collares de las grullas  
desgranados por tímida neblina.

¡Con qué tenaz melancolía arrullas  
el sueño que comienza, ó en el viento  
como un cán á las pléyades aullas!

Bien nos anuncias con tu vario acento  
que llegan las ventiscas, y la nieve  
vendrá á borrar la senda en un momento;

que entonces ya no habrá ni huella leve  
que seguir en la marcha fatigosa  
de la existencia, fugitiva y breve;

vacío el vaso de la reina rosa  
un punto guardará sólo el perfume  
que hizo soñar amores á una hermosa. . . .

Todo en la vida muere y se consume,  
todo en la vida pasa y desaparece,  
no hay dolor en la vida que no abrume.

¿Qué águila entonces en el alma mece  
sus alas de ambición y de grandeza;  
qué luz en el espíritu amanece

que hace alzar á los cielos la cabeza  
y marchar vigorosos por la vida  
sobre este erial inmenso de tristeza?. . . .

La fe que te animó cuando en la herida  
buscabas la salud, la fe del sabio  
que no apaga la racha enfurecida;

la fe que era en tu elocuente labio  
verdad, maestro, que escribió la Historia;  
y que hoy recoge, en justo desagravio,  
la Ciencia, por laurel de tu victoria.



## A SOLAS

A IGNACIO M. LUCHICHÍ.

Mi juventud, como la luz del día,  
en fulgores y ráfagas se apaga;  
la cima —el pensamiento— resplandece  
sobre el abierto abismo en que se ensancha,  
y mis recuerdos, pálidas estrellas,  
brotan entre las sombras de mi alma.

Leves murmullos, apagados ecos  
de risas y de amor y de esperanza,  
resuenan lejos, ¡ay! de otros felices  
tiempos, quizás los de mi tierna infancia.

¡Ah! como vistes, padre Prometeo,  
al humano infeliz en la callada  
soledad sin hogar; así, mi padre,  
mira esta noche de mi pobre alma

y procura también alguna chispa  
de fuego creador que encienda llama  
en las cenizas que el dolor remueve,  
en mi interior, con implacables alas.

Sobre tu abrupta roca, de los dioses  
abandonado á la crueldad y saña,  
tuviste por tu bien dulces consuelos  
y derramaron á tus pies sus lágrimas  
las tristes Oceánidas. La recia  
tempestad en tu frente desatada,  
con sus mismos furores prometía  
próximos tiempos de ventura y calma.

Yo estoy solo, muy solo, sin consuelo;  
y secas ya las fuentes de mis lágrimas,  
ven mis ojos mi vida destenderse  
como campiña silenciosa y árida;  
y en las horas de duelo y de tristeza,  
hasta la muerte, pálida enlutada,  
indiferente cruza sin mirarme  
negándome la última esperanza.